

La catedral

MANUEL CAMPA

Siempre envidiosos del color claro de los monumentos italianos o del dorado de Salamanca, tenemos ahora la torre de nuestra catedral de Oviedo limpia y hermosa donde las haya. Sin embargo, siendo unánime el reconocimiento a las labores de limpieza y restauración realizadas, no falta quien echa de menos el “color pardo antiguo de la pátina”. No hay que preocuparse: dentro de poco, la humedad y la contaminación nos privarán de la luminosa vista actual de la torre, volviendo a la tonalidad clásica de Vetusta, “de oro sucio, a trechos gris rojizo, a trechos verdinoso “, como la vio Pérez de Ayala. Hace unos pocos años, cuando se decidió convertir el paisaje urbano de Oviedo en un decorado de zarzuela madrileña, ya avisaron algunos experimentados carbayones que la corrosión de los años y los ácidos retornarían los alegres colores zarzueleros en las tonalidades pardas de la Vetusta eterna, disimulando el despropósito.

Es una pena que no queden ya en activo pintores de la vieja escuela de paisajistas de Oviedo, que retrataron incansablemente la catedral. Del mismo modo que seguimos disfrutando de la vista de la catedral con nieve –y sin nieve- pintada por Tamayo, o del color herrumbroso de Vaquero, ¿cómo aceptarían aquellos artistas la desvelación de la luminosa torre actual?

Es una feliz coincidencia –no casual- la publicación del espléndido libro de Ed. Nobel sobre la catedral con el plan director de conservación y restauración del templo. El azar y la necesidad ha unido aquí a un grupo de historiadores y arquitectos de gran competencia profesional, lo que es una garantía para el futuro de este monumento de la mayor importancia en la historia de Asturias. Ciertamente, no falta algún especialista que menosprecia la catedral porque en ella los hallazgos arquitectónicos no son comparables en originalidad a nuestro prerrománico. Pero el tema desborda totalmente

el ámbito técnico, ya que, para decirlo en dos palabras, con Avello: “la historia de la catedral de Oviedo es la de la propia ciudad”. Y, aun podría decirse más, porque alcanza a una buena parte de la historia asturiana, inspirando, además “el poema romántico en piedra” nuestra obra literaria tal vez más importante.

Un riguroso estudio histórico acompaña las labores de restauración. Tras los acertados trabajos previos, en los últimos años, de arquitectos como Nanclares, Capitel y Arganza, Cosme Cuenca y Jorge Hevia han iniciado, con éxito, los primeros pasos del plan director, que cuenta, además, con la valiosa asistencia de arqueólogos como García de Castro y de historiadores solventes como Ramallo, de la Madrid y Caso. Falta solamente la perseverancia de los poderes públicos en apoyar la restauración de este gran monumento que identifica a Oviedo, ya que –como disputan los niños- si Gijón tiene playa, Oviedo tiene catedral.